

Homenaje póstumo y funerales por el pintor Ruiz Balerdi, hoy en Donostia

J. A./C. I., Donostia

Los restos mortales del pintor donostiarra Rafael Ruiz Balerdi, que falleció ayer en el Hospital General de Alicante, a consecuencia de las quemaduras producidas por un accidente doméstico, llegarán a primeras horas de esta mañana a la capital guipuzcoana, donde recibirán un homenaje póstumo a lo largo de la mañana en la capilla ardiente dispuesta en uno de los salones de la Diputación. El velatorio, que será asimismo un homenaje póstumo al pintor, finalizará a las 3 de la tarde, para proceder a la inhumación de sus restos en el cementerio de Polloe. Los funerales tendrán lugar a las 7 de la tarde en la iglesia de Santa María.

Rafael Ruiz Balerdi nació en Donostia el 5 de mayo de 1934 y despuntó como pintor desde su más temprana edad. Estudió pintura en Madrid, pero fue su primera estancia en París la que influyó de forma decisiva en su trayectoria, hasta que recaló en el Grupo Gaur, uno de los pilares del llamado Movimiento de la Escuela Vasca a partir de 1966. Influenciado por Oteiza y amigo personal de Chillida, ha sido uno de los pintores más representativos de la pintura vasca actual.

Una semana en coma

Rafael Ruiz Balerdi había adquirido desde hace varios años la costumbre de pasar el invierno en la localidad alicantina de Altea, donde acudía con su mujer. Fue en esa localidad donde sufrió el pasado día 26 el accidente que le ha llevado a la muerte.

"Rafael sufría frecuentes desvanecimientos, a causa de la epilepsia que sufría. No son propiamente ataques, sino ausencias de varios minutos durante los cuales perdía la noción del tiempo y lugar. Al parecer, sufrió uno de estos desvanecimientos el 26 de febrero cuando preparaba el café del desayuno en la cocina de su casa. Cuando Jacqueline bajó de la habitación le encontró envuelto en llamas. Se había desplomado encima del fuego y le había prendido la bata. Estuvo consciente durante los días que precedieron a la operación y tengo la impresión de que no se daba cuenta de la gravedad de su situación hasta que le desnudaron para hacerle una cura. Creo que se vio tan destrozado que se asustó. Le operaron hace seis días y no volvió a recobrar el conocimiento. Ha estado, por lo tanto, casi dos semanas en coma", relató su hermana.



Rafael Ruiz Balerdi, pintando un mural en una escuela de Andoain.

Pintor a los cuatro años

A Rafa Ruiz Balerdi el arte le vino en la sangre. En el salón de la casa donde nació hace 58 años, en uno de los laterales de la Plaza Easo, figuran dos enormes retratos de sus padres realizados por el propio Rafael, junto a un óleo de tamaño menor donde aparecen los tres hermanos, pintados por su padre. "El abuelo era un buen dibujante, el padre pintaba y creo que Rafael heredó el genio de los dos. A los cuatro años realizó los murales de la escuela de Amara, donde la señorita Dolores se dedicó a cuidar y proteger esa vocación en ciernes", señaló Pili Ruiz Balerdi, hermana del pintor.

Con estos antecedentes Rafael no tuvo otra opción que la Escuela de Artes y Oficios, donde comenzó a estudiar con Cobreros. Era el segundo de una familia de seis hermanos y el padre había montado para entonces un taller de grabados. Deja la Escuela de Artes y Oficios y acude a Madrid, donde ingresa en la Escuela de San Fernando, donde inicia el perfeccionamiento de las técnicas de pintura. Pero aquello apenas duró más de un año. Todo le resultaba demasiado académico y decide trasladarse a París, donde conocerá a pintores como Zumeta que luego serán amigos y compañeros de aventuras como el del grupo Gaur.

Querido Rafa

Estas líneas son para agradecerle tu vida, la vida que viviste, la forma en que la viviste. Tus libros por el suelo en la escuela de Andoain tuvieron un hermoso destino. "¿Qué es lo que más te interesa?", le pregunté a un pequeño de diez años. "A mi sobre todo Leonardo y su tratado de la pintura", dijo. Rafa pintó en la escuela, en casa, en las aceras de los Boulevares de París. Los que pasan no ven nada. La dimensión y la riqueza de líneas y colores es enorme. Desde arriba, desde los pisos, ven lo que hace. Lluven monedas.

Descubre un día, en un aparcamiento enfrente de Notre Dame un coche que queda siempre abierto. Allí duerme una temporada dejando cada mañana todo limpio

y en orden. Creo que llegó a invitar a otro amigo artista en dificultades a compartir su vivienda coche.

Rafa pinta, en lo que hoy es Correos. Una sala inmensa. Telas muy grandes en el suelo. Ha llegado al final de una etapa. Baila sobre la tela. Los pies son pinceles. Lo que hace es hermoso y difícil como la mar y el bosque. Unos días después le llamo. "¿Qué haces?". "Ven a casa", me dice.

Una tela pequeña, toda en grises muy delicados. Clavado con chinchetas en el caballete, un papel. Leo. Dice: "En silencio y esperanza procurad vivir siempre". Santa Teresa. Me mira y dice: "Estoy convaliente". Agur Rafa. Betsarkadi aundi bat.

Eduardo Chillida

La pintura como arrebato

"Era mi héroe", dice Juan Ignacio García-Velilla, director de Altxerri, la "galería" de Ruiz Balerdi que preparaba en estos momentos la cuarta exposición del artista. Mientras muestra las obras que tiene en depósito pueden apreciarse esas características que García-Velilla va describiendo: su inmenso y variado colorido que va desde los más tenues hasta los más fuertes y desde la inclusión de dos únicos tonos hasta la locura colorista. "Era impulsivo, para él pintar era un arrebato, una necesidad".

Y en esa necesidad se empleaba como el corredor de fondo. "Los metros -recuerda el galerista- los sacaba sin racionalizar partiendo siempre del centro para ir desarrollando la obra a partir de él.

Dibujante excepcional y realista, en su estudio de la calle Easo fue derivando hacia la abstracción. Últimamente parecía volver a surgir algo figurativo, aunque Balerdi se desentendía de estas apreciaciones. "Balerdi era el de siempre desde hace 20 años. No tenía influencias, él influía".

"Como persona -añade García-Velilla- era muy divertido, excelente escenificador y amante de la música india a la hora de pintar. Era el anti-divo y a pesar de ser escéptico se comprometía". Así ocurrió últimamente con el Cerro de San Bartolome de Donostia o en los momentos en que fue uno de los impulsores de las primeras Gestoras o en su participación activa en los comités creados en contra de las centrales de Deba y Lemoiz.

Universos de tiza

Del bar Alberto a La Colchonera suele deambular, después de limpiar pinceles, una cuadrilla de plásticos a quienes une, más allá del menú del Morgan, y una vaga fragancia de aguarrás, el entorno romántico de San Vicente, la Bretxa, la Consti, Fermín Calbetón. Me los imagino noqueados. El tinto tiene hoy un sabor desahogado para la escuela imposible de Lo Viejo, el rincón de Rafael que frecuentan en tertulia itinerante los Arocena, Tapia, Zumeta, Hernández Mendizabal seguidos por la sombra fosforescente de Anibarro el dandi. Y de la sonrisa enigmática de Jon Belar.

Yo le conocí a Rafael en el contraluz parisino, amarillo, de La Colchonera. Conecté más a través de su obra y de sus buenas vibraciones que de sus discursos. Cuando este reportero arrastraba por ahí la maleta en busca de interminables e inextricables parrafadas de la gente estética (una entrevista es un género que uno escribe y otro cobra) le tocó el turno a Ruiz Balerdi y comprendí en seguida que no era de los que largaban. Que no pertenecía a la casta de los que pintan con pico de oro, sino un pintor que pintaba y punto; a quien resultaba francamente trabajosos traducir sus formas a la literatura. A intencionalidades, a mitos, ritos, pitos y flautas. Creo que siempre pensé que el gráfico se agotaba en sí mismo -regla básica de lo audiovisual, junto o separado- sin necesidad de manual de instrucciones.

Balerdi me lo dejó claro como un telegrama: "Para el trabajo que da explicar lo que es, yo creo que es más fácil pintarlo". Luego rompió su laconismo y se sinceró acerca de sus mundos de estraza, su meticuloso rupestre de tizas y ceras: "Es el mundo de los niños. Yo quisiera saber qué niño no pinta". Le acababa de dejar satisfechísimo el comentario de una señora, tan divulgado, de que "esto lo hace mi hijo en la ikastola". Susurró: "Eso quisiera yo". Y añade: "Es como cuando siendo errios dibujábamos en la pizarra garabatos mentales, figuras, personajes, árboles, cielos, pájaros; para que nos pertenecieran". Defendió sus materiales perecederos, su elección del papel para envolver como soporte: "Lo efímero tiene prioridad existencial en política, pedagogía y arte". Después: "Hay grandes, inmensos, infinitos universos". Otra silla, la de Rafael, omnipresente en La Colchonera. Y de allí a una galaxia de tiza. Del polvo de colores al que vuelven, por privilegio, los artistas.

Rafael CASTELLANO